

adquieren, la ternura á los hijos que Dios les concederá, y que la religion les confia como un depósito, el cuidado de su casa y la vigilancia doméstica sobre su interior, la asistencia todavía mas importante de sus personas y de la consideracion que se deben; la religion lo arregla todo, y cimenta sus santas disposiciones, haciendo del matrimonio un sacramento. El rito exterior conserva el dogma; y éste consagra los principios, nos adhiere á ellos, y afirma todos los efectos religiosos y civiles.

No puede haber religion sin sacerdotes, ni templos sin ministros. En la Iglesia de Jesucristo, el ministerio es un sacramento. A los que elige para esta obra santa, los consagra por la unción celestial; no tanto para advertir al pueblo fiel el respeto que les debe, cuanto para instruir á ellos mismos de las virtudes por las cuales deben obtenerlo. Ella exige para este gran sacramento una vocación superior; dispone á los que lo reciben por largas preparaciones, y los forma, por pruebas severas, á la perfección que demanda. Cánones multiplicados, penas rigurosas, recompensas sobre todas las ideas humanas, la espectación pública, la sublimidad de sus funciones, todo, en las miras de la Iglesia, concurre á elevar á sus ministros á la alta santidad que requieren los grandes deberes que les impone. Pueblos, que os complacéis en censurar á vuestros pastores, y que los

juzgais, por lo comun, con la mayor ligereza; nosotros abandonamos á vuestros clamores á esos ministros infieles á la santidad de su vocación, y juzgamos y condenamos mas severamente, que lo que podeis hacerlo, á esos sacerdotes criminales para con Dios, á quien ofenden, para con la Iglesia, á quien traicionan, para con su ministerio, que profanan, para con sus pueblos, á los que pierden por sus escándalos, en lugar de salvarlos por sus ejemplos. Pero guardaos bien de imputar á la religion los errores que deplora, las faltas que condena, los vicios que se esfuerza en precaver, los crímenes que no deja de castigar; y haciendo justicia á los ministros, hacedla igualmente al ministerio. Mirad todos los bienes que ha causado á todas las clases de la sociedad, y haced reflexion en las muchas maneras con que la Iglesia ha hecho útil al sacerdocio. La sucesion de vuestros primeros pastores remonta hasta los apóstoles, y de esta suerte los jueces de vuestra fé os enseñan las verdades que les han sido trasmitidas de generación en generación: esta es una cadena no interrumpida, que liga vuestra doctrina á la de Jesucristo; y la continuidad de los canales por los que os llega la enseñanza, os responde de la fuente pura de que emana. La religion ha formado, además, el establecimiento mas sublime de que antes no se tenia la menor idea. Por cuantas partes se encuentran hombres reunidos, les dá un

pastor: en cada pueblo, levanta un altar, coloca allí uno de sus ministros, y reúne en su persona todas las funciones que pueden ser útiles á la humanidad. Sí; estos pastores á quienes la Iglesia os confía, ejercen, aunque sea uno solo, todos los ministerios que puedan apetecerse; y son á la vez, ministros del culto, ministros de la verdad, ministros de los santos preceptos, ministros de las costumbres, ministros de la beneficencia; y gracias á la religion cristiana, el pobre pueblo ya no es abandonado, la instruccion penetra en los desiertos mas espantosos, la caridad descende á la cabaña mas retirada, y nada es inaccesible al ministerio eclesiástico, que es autor, promovedor y agente de todo bien. Colocado el sacerdote entre el vestíbulo y el altar, como intercesor de los hombres ante Dios, y embajador de Dios para con los hombres, lleva vuestros votos al pié del trono sempiterno, y hace descender sobre vosotros las verdades celestiales: conserva en la sociedad, así las virtudes privadas, que son su fundamento, como las públicas que la hacen floreciente: hace observar los deberes generales de cristiano, y las obligaciones particulares de cada estado; fortifica sus lecciones por la primera de todas, su propio ejemplo; y así es como caminando al frente de su rebaño, lo conduce en las sendas de la virtud. Desgraciados de todo género, corred á nosotros: nuestro primer deber es socorreros; nuestra felicidad

será que recobréis la vuestra; y si oprimidos del dolor, encerrais en vuestro pecho las penas que lo desgarran, no temais, abrid vuestros corazones al consolador que la Iglesia os envia: su mano va á enjugar vuestras lágrimas, y su voz llevará á vuestras almas los únicos consuelos eficaces, los de la religion. Pobres de Jesucristo, nuestros tesoros son vuestra propiedad: para vosotros los ha recibido la Iglesia, y si no bastaren á vuestras necesidades, ella misma nos encarga de solicitar tambien la caridad de los ricos. Ciudadanos divididos, reunios al derredor de los ángeles de la paz: el ministerio que hemos recibido de Dios, es de reconciliacion; y es una magistratura sagrada, que concilia mas desavenencias que los tribunales pueden juzgar, así como precave mas crímenes que aquellos pueden castigar. Nosotros lo confesamos, nosotros nos hacemos una gloria de reconocer la deuda inmensa que hemos contraido para con vosotros, al recibir las órdenes sagradas: todo lo que os es útil, es para nosotros un deber: imaginaos nuevos bienes que hacer todavía á la humanidad, y ampliaréis la esfera de nuestras obligaciones.

Sobre todo, en los momentos dolorosos en que el hombre es presa de la enfermedad, es cuando la Iglesia envia sus ministros á su socorro, los coloca á la cabecera del lecho de la muerte, y les encarga derramar allí alivios y consuelos. La in-

credulidad, siempre injusta hácia nosotros, trata de crueldad la funcion mas tierna, penosa y útil de nuestro ministerio. Si es una dureza presentar al enfermo sus mas grandes intereses, que de un momento á otro se hacen mas ejecutivos, que se repela igualmente lejos de él la mano que debe marcar sus últimas voluntades. Pero no, no es una voz dura para el desgraciado que sufre, la que le inspira la paciéncia, y la hace penetrar en su corazon por los motivos mas atractivos y eficaces. La resignacion á la voluntad suprema contiene sus murmuraciones, la confianza en Dios que le hace sentir su mano, apacigua sus inquietudes; y devolviendo la paz á su conciencia, devolvemos tambien la tranquilidad á su alma. Que la incredulidad invente, si le es posible, consuelos mas poderosos. La nada es la única reparacion que propone al moribundo por todas sus pérdidas, mientras que la religion le abre las puertas de la eternidad, y le muestra la dicha sin medida ni término, que está próximo á adquirir. Todo lo que es mortal se desploma al derredor del moribundo; cuanto hay sobre la tierra huye lejos de él; mas á proporcion que el mundo se aleja, la religion se adelanta: lleva en su mano el sacramento que Jesucristo ha reservado para los instantes mas críticos de la vida; unge al fiel como á un atleta, para fortificarlo en su último combate: el óleo santo que derrama sus miembros, atrae en

su corazon la uncion del Espíritu Santo, borra sus pecados, hace desaparecer sus tristes restos; y fortalecido así, las angustias de la enfermedad ya no abatirán su alma, ni la vencerán los asaltos de la tentacion. Aun hay mas: Dios se ha dignado conceder á la uncion que ha instituido, la virtud de devolver al cuerpo la salud, si lo exigen las necesidades del alma. Este sacramento es, en fin, una profesion de fé pública, en que los fieles declaran manifestamente, querer morir en la comunion santa en que han tenido la dicha de vivir, y aproximándose de esta suerte los dos términos de la vida, nuestro último suspiro es la espresion de la fé que hemos recibido al nacer, reparando en la extremauncion la inocencia que adquiriéramos en el bautismo.

Ni temais que la Iglesia abandone á su hijo en estos postreros momentos, tan decisivos para la salvacion. Cuando todos los otros auxilios le faltan, ella redobla los suyos: calma su desesperacion con dulces esperanzas, tranquiliza sus penas con tiernos consuelos, reanima su valor con el espectáculo de Jesucristo muerto por salvarlo; y de esta suerte en medio de las oraciones de la Iglesia pasa el cristiano á la eternidad. Nuestros votos le siguen todavía, le acompañan al pié del tribunal eterno y van á solicitar la clemencia del juez supremo. La misma muerte no pone un término á la caridad de la Iglesia. Naciones de to-

dos los países y siglos, no habeis errado, no, en tributar homenajes fúnebres á vuestros difuntos: el sentimiento que os conducia al derredor de sus inanimados despojos, no os engañaba, aunque desconocias el principio; ignorásteis siempre el motivo porque la Providencia habia infundido en vuestros corazones ese respeto á los muertos; y esa afeccion, que os hacia multiplicar los honores á un cadáver, marchitada por la idea de su inutilidad, solo podia aumentar vuestros pesares. La religion católica únicamente nos ha revelado este grande secreto del Criador. El golpe que despedaza los lazos del alma y del cuerpo, no rompe siempre los que unen á la Iglesia: en el seno de la gloria, y en medio de las expiaciones, nosotros le pertenecemos todavía; no es una ceniza insensible la que baña el fiel con sus lágrimas estériles y cubre de vanos honores, sino un alma inmortal, que alivia con sus oraciones y ofrendas, con sus sacrificios y limosnas. Ni tan solo son útiles á los difuntos esas preces que la Iglesia, instruida por las santas escrituras, no ha dejado jamas de ofrecer por su felicidad, sino que ademas nos procuran grandes bienes á nosotros mismos. Ellas conservan en los pueblos el dogma de las penas temporales; recuerdan la promesa de la resurreccion de los cuerpos y conducen á nuestra alma al pensamiento saludable de la muerte. Al contemplar todas estas generaciones sepultadas

unas sobre otras, mira el cristiano el lugar que le está destinado; y esta idea profunda de la muerte, es la leccion mas enérgica de su vida. Estas santas oraciones establecen una sociedad entre nosotros y los que nos han precedido sobre la tierra; reaniman en nuestros corazones un tierno recuerdo de aquellos á los que estuvimos unidos por la sangre, ó con quienes tuvimos conexiones por sus beneficios; consolidan, en fin, y aumentan nuestro respeto por sus últimas voluntades. Prostrado sobre el túmulo de los autores de sus dias, el hijo fiel recuerda con sensibilidad todos los rasgos de su vida que han podido interesarle: las lecciones que le dieron, los ejemplos de virtud que recibió de ellos, se reproducen fuertemente en su memoria: se tiene por feliz en reconocer que sus oraciones y limosnas satisfacen la deuda de su gratitud: puede últimamente devolverles mayor bien que el que recibió de ellos. En este momento en que invoca á favor de los que amó sobre la tierra la eterna misericordia, se dice con trasporte, que acaso le responden desde la morada del dolor, y ha podido penetrar en sus corazones una idea dulce al través de las llamas expiatorias. Quién sabe tambien si este instante es el que desarma á la justicia suprema, en el que comienza su eterna bienaventuranza, y se asegura á sí mismo los mas celosos protectores ante el trono celestial.

A los ritos sagrados que instituyó Jesucristo, su Iglesia, en diferentes siglos, ha agregado otras ceremonias, que tienen igualmente por objeto recordar al pueblo fiel las verdades que debe creer, y los preceptos que debe observar. Por todas partes les presenta la cruz de Jesucristo: la levanta sobre los templos, la coloca sobre los altares, cubre con la misma los ornamentos de sus ministros, la multiplica en nuestros campos, adorna con ella nuestras casas. No damos ningun paso que no nos muestre el monumento de nuestra redencion, el instrumento de nuestra salud, la prenda de nuestra felicidad, el objeto de nuestro eterno reconocimiento; nosotros mismos nos cubrimos con este saludable signo; y las palabras de que lo acompañamos, invocan á la Santísima Trinidad. La señal de la cruz es la profesion pública de nuestros misterios: la colocamos al principio de todas nuestras acciones, para acordarnos sin cesar que tienen á Dios por autor, que deben tenerlo por objeto, y que todo su mérito deriva de la cruz de Jesucristo. El agua santa con que la Iglesia nos rocía, representa aquella con que la misma nos ha bañado en el bautismo, recuerda los dones que allí hemos recibido, y los compromisos que hemos contraido: es, al mismo tiempo, el símbolo de la pureza que nuestra alma debe incesantemente mantener y renovar. La ceniza de que cubre nuestras frentes, nos impide olvidar lo que es el cuerpo de que estamos vestidos, lo que fué, lo que

será. El pan que distribuye en los dias solemnes, nos presenta la imágen del mas augusto de nuestros sacramentos, nos recuerda la idea edificante de la comunion de los fieles, y la memoria de aquellos primeros tiempos, los mas hermosos de la Iglesia, en que sus hijos, no teniendo sino un corazon y una alma, iban todos reunidos á tener en comun sus comidas. Igualmente, así para reproducir el recuerdo de esos siglos de persecucion, en que se reunian los fieles en cavernas inaccesibles á los rayos del sol, como para manifestar su alegría, acompaña con luces artificiales hasta el dia de hoy sus misterios. El fuego que brilla en nuestros templos, y el incienso cuyo humo se eleva hácia el cielo, son el antiguo emblema del ardor con que deben elevarse nuestras oraciones hasta el trono del Omnipotente. Las bendiciones que empleamos, ya consagran los instrumentos de nuestro culto, los separan de todo uso profano, y aumentan de esta suerte nuestro respeto por el culto mismo; ya invocan y atraen las gracias y las bendiciones celestiales sobre nosotros, sobre nuestras obras, sobre nuestras posesiones, sobre las autoridades que nos gobiernan, sobre nuestros ejércitos que nos defienden. Los exorcismos, recordándonos la caida de los ángeles rebeldes y su malicia, el poder de Dios y su bondad, nos advierten que seamos vigilantes sobre nosotros mismos y atentos contra las tentaciones. Cada año la Iglesia os conduce al derredor de vuestros cam-

pos, al sonido de sus cánticos, para hacerlos reconocer que de Dios viene la fertilidad y la abundancia de vuestras cosechas. Ella conduce con solemnidad el cuerpo de Jesucristo por nuestras plazas y calles, y ostenta en su festejo todo el aparato de la pompa; y así es como sostiene nuestra fé, reanima nuestra piedad, escita nuestro reconocimiento.

Tal es esta religion augusta, que la incredulidad se esfuerza en aniquilar; tales los dogmas que pinta como absurdos, los preceptos que declara exagerados, los ritos que mira como minuciosos: hé aquí en qué consiste verdaderamente éste cristianismo, que no cesa de desfigurar. Vosotros habeis hallado todas sus partes admirables en sí mismas; pero su mútua relacion aun lo es mucho mas. La mano que las formó las ha encadenado unas á otras: las verdades especulativas y prácticas se corresponden y sostienen mútuamente: la fé es el fundamento de las obras, y las obras la manifestacion de la fé. No hay un solo precepto, ni un motivo especialmente propio á la religion, que no tenga su fundamento en los dogmas, y que no sea su consecuencia; tampoco hay rito ordenado por la Iglesia, que no sea la espresion fiel de los unos ó de los otros. Este es un conjunto en que todo es consecuente, unido y esencialmente ligado entre sí: en este gran todo nada puede imaginarse por la razon humana, que sea digno de añadirse ni apercibirse cosa que merezca cercenarse.

Considerad cómo se han formado las artes, las ciencias, los diversos sistemas, todos esos frutos del ingenio que admiramos, y de que nuestra razon se enorgullece: todos se han establecido sucesivamente y por partes: una generacion planta las primeras ideas que una série de siglos viene á fecundar, á desenvolver y difundir. Así es como se avanzan á pasos lentos todas las obras de los hombres hácia el grado de perfeccion que les es permitido tocar. Mas el carácter propio de las obras de Dios, es el de ser en el instante de su nacimiento, todo lo que deben ser: la creacion, sacando á los seres de la nada, los conduce al punto donde permanecerán. Y véase cómo ha aparecido el cristianismo: Jesucristo lo ha dado á nuestros padres todo entero, tal como nosotros lo poseemos, y como subsistirá hasta la consumacion de los siglos: ha salido del seno de Dios, de un solo golpe, como el universo.

Deistas! vosotros confundís á los ateos, presentándoles el espectáculo magnífico del mundo, y el concierto armonioso de sus diversas partes; les abris los ojos, hiriéndoselos con esa luz, que no ha podido brillar sin que un Dios le hubiese ordenado ser: el espectáculo todavia mas admirable de la religion, el órden más perfecto, más sublime de todas sus partes, se os ha presentado; ¡y afectais desconocerlo! ¡rebeldes á la luz que os cerca, cerrais tambien los ojos, para impedirle la entrada! Salid, en fin, de vuestras inconsecuen-

ciás; dejad de estar en contradicción con vuestros propios principios, y reconoced la más bella de las obras de Dios, en la grandeza, la perfección, la armonía y la proporción de cuanto la compone.

Oh vosotros, que habeis dado oído á los susurros de la incredulidad, y á quienes acaso sus vanos discursos habian comenzado á seducir; nosotros acabamos de desempeñar un deber muy importante de nuestro ministerio, y muy grato á nuestro corazón, porque tiene por objeto vuestra santificación y felicidad. Podemos deciros ahora, como el conductor de Israel, cuando dió la ley de Dios á la nación que se le habia confiado: "El cielo y la tierra nos son testigos que hemos puesto delante de vosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición:" elegid, pues, la vida; arrojad lejos de vosotros esos principios de muerte, que desecarian en vuestros corazones las fuentes preciosas y sagradas de la virtud y de la felicidad; adheríos fuertemente á esta religion santa, que despues de tantos siglos han adorado vuestros padres con una sencillez ilustrada; que fué mucho tiempo la vuestra; que lo es todavía. Que sea siempre el objeto de vuestra fé, el fundamento de vuestras esperanzas, el principio de todas vuestras virtudes, y la prenda segura de vuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

FIN.

Comada nayan

LA MENTIRA

LIGERA OJEADA

SOBRE LAS

IMPIEDADES PROCLAMADAS POR EL PROTESTANTISMO
Y EL FILOSOFISMO

EN PERJUICIO DE LA FE CATOLICA

OPUSCULO QUE DEDICA A SU M. I. Y R. PRELADO D. PEDRO LOZA
DIGNISIMO OBISPO DE SONORA

EL PRESBITERO D. S.



MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena número 13

1858